

Es de recalcar que se trata de autores que viven en un mundo que madura junto con ellos. Por esto el prologuista recomienda una perspectiva específica para la lectura de los textos, es cambiar uno mismo y cambiar el cuento mediante la imaginación, el desinterés y la precoz sabiduría de la juventud.

Al menos, es lo que pide una literatura que no teme enfrentarse a los problemas, individuales o sociales, y que invita al lector a participar en la aventura de ir descubriendo el sentido de la existencia. Que le pide ser tan joven como ella.

Conviene señalar que la presentación del libro, además de ser bastante llamativa, es también alusiva al tema de la juventud. El diseño y diagramación de la carátula estuvo a cargo de Carlos González y la fotografía de la misma a cargo de Daniel Gianoni. El elemento central de la carátula es muy significativo ya que es un objeto de variados colores vivaces y alegres lo cual alude, por un lado, a la juventud y, por otro lado, a la mezcla de razas y culturas que somos los latinoamericanos. Además, estos colores brillantes, en primer plano, junto con el marrón, del segundo plano, aluden un poco a la calidez del trópico.

Yamilet C. López H.

José Joaquín Burgos.

Unicornio.

Valencia: Secretaría de Cultura del Gobierno de Carabobo, 1991, 64 p.
(Ilustr.)

Libro variadamente extraño es éste que nos presenta José Joaquín Burgos, sobre todo si lo vemos inserto dentro del marco de nuestra producción bibliográfica nacional. Su extrañeza parte de hechos bastante particulares y de escasa aparición dentro del quehacer poético actual en Venezuela: Uno de ellos tiene que ver con la parte formal del libro, con su presentación y disposición editorial, la cual posee un lujo y calidad excepcionales, tanto por los materiales utilizados en su impresión como

por las ilustraciones que lo adornan, primorosamente realizadas por Carmen Alicia Hernández de González, que en un total de seis —sin incluir la portada— convierten a **Unicornio** en un libro de belleza impresionante y ejemplar de colección para los bibliófilos empedernidos. He aquí uno de los puntos de extrañeza que hace de **Unicornio** un objeto un tanto diferente —para bien— dentro de la labor editorial en nuestro país.

Esta singular presentación del libro halla su correspondencia en otro punto de extrañeza, de tantos que aludíamos de estas líneas, en este caso tiene que ver con el hecho poético, pues **Unicornio** viene a ser un poemario de índole monotemática o, mejor monotópica, con clara inspiración en la mitología clásica griega, específicamente en el mito del unicornio. Este topo ha sido tratado ya en multiplicidad de obras a lo largo de la literatura universal, recordemos que el unicornio es un animal fabuloso, veloz y valeroso que nadie podía cazar por la fuerza. El cazador debía conducir a una joven virgen hasta el lugar frecuentado por el unicornio y dejarla allí sola. El animal al sentir la pureza de la doncella, corría hacia ella, apoyaba la cabeza en su regazo y se quedaba dormido; así era posible capturarlo. Su simbolismo es el de la pureza general. Es el primitivo «uro» de la edad de hierro paleontológica; su posible existencia es reseñada en la biblia, donde se le llama «reem» y es también habitante de la región de Haurán en Siria. Su nombre científico es «*Bos primigenius*».

Este animal se presenta en el poemario acompañado de otros seres fantásticos o semifantásticos y pertenecientes —algunos— a la mitología griega, tales son la salamandra, el centauro, la esfinge, Pegaso y el hipocampo. Cada uno de ellos está presente en alguna de las cuatro partes en que se divide el poemario y conforma, junto a la figura principal, una especie de binomio que permite descubrir por comparación o contraste —sea positivo o negativo— las múltiples facetas que toma el sujeto principal de la obra. De esta manera se observa en el conjunto de poemas la elaboración de un sistema de percepción del unicornio por parte del sujeto lírico —cuya naturaleza no nos detendremos a explicar—, donde múltiples puntos de vista se presentan en distribución complementaria y nunca superpuesta. Esta especie de panóptico al cual es sometido el unicornio tiene lugar en el ámbito onírico; desde donde se hilvanan o suceden todas las sensaciones que el poeta plasma en sus versos: «El

unicornio suele escaparse hacia el bosque. Sencillamente salta del sueño». (II)

El libro en cuestión está dividido en cuatro partes, cada de las cuales va precedida por un epígrafe que, a manera de resumen, introduce la línea o el sentido general que unifica a los poemas que le suceden. Así tenemos que la primera parte, titulada «Razón», comienza con un poema en prosa donde se explican los motivos por los cuales el unicornio sale de su escondrijo durante el sueño y cuál es la relación que establece con el hombre que le sirve de anfitrión. En esta parte del poemario se intenta, además, hacer una reconstrucción del origen del unicornio y los elementos simbólicos que lo componen, aquí hace su aparición el centauro, que se muestra como representante de la decadencia y la inactividad: «El anciano centauro/ reposa/ en la más alta estrella», (VI), por oposición cerrada al unicornio, pues, «De materia suya es la brasa»/. El Unicornio la lleva en las entrañas» (VI). La segunda parte del poemario tiene por nombre «Arca» y en ella se hace un intento por encontrar las respuestas a las preguntas de la naturaleza ontológica que se formula el sujeto lírico en relación con el unicornio. Así tenemos que «Arca» es la representación del esfuerzo por descubrir los secretos que guarda el animal: «¿Qué eres?/ ¿De dónde te vienen esos aires?» (VIII). En esta parte, los animales que fungen de contrapartes al unicornio son la salamandra y el hipocampo. La primera es puesta en igualdad de condiciones con el sujeto principal, puesto que ambos pueden pasar por el fuego y estar en él sin quemarse ni sufrir daño alguno —sabemos que la salamandra es de naturaleza ígnea— el hipocampo, que vive en las profundidades del mar y «Atesora burbujas» (XI) no puede, como el unicornio, participar de esa doble naturaleza que le confiere la posibilidad de estar en el agua y en la tierra y poder sumergirse en las honduras del mar y el alma.

La penúltima parte del poemario «Canción» tiene que ver con el nexo que se establece entre el unicornio y la música, a propósito del cual es el epígrafe extraído de una canción de Silvio Rodríguez que precede este conjunto de poemas. Aquí no existe ningún animal que sea puesto como punto de comparación con el unicornio. La soledad y la música son los elementos que sirven para sacar a la luz otras facetas del animal, que sólo se muestra al amparo o influjo de aquellos. En esta parte del libro se ponen en escena tres proposiciones fundamentales dentro del cuerpo

poético en su totalidad; la primera es que el unicornio habita dentro de cada uno de los hombres —que son quienes lo engendran verdaderamente— representando los valores del espíritu y del alma; la segunda es que este sujeto fantástico aparece también dentro del ámbito de la ciudad (al alba y durante el atardecer) y por último que, gracias a los efectos de la música —que transporta al ser a estados más elevados, algunas veces, de conciencia— aparece ante el hombre «Y cuando te cansas de escuchar/ bebe/ cansado,/ el agua del silencio» (XVI).

La parte final del poemario concretiza lo que eran meros atisbos en la inmediatamente anterior, aquí entra en juego la figura de Pegaso, el cual completa la terna de equinos fantásticos junto al centauro y el hipocampo y ayuda al sujeto lírico a encontrar el unicornio y descifrar su esencia. En este fragmento del libro es posible que el autor se refiera a la fuente Hipocreo o Aganipe que era la engendradora de la inspiración (y la cual nació de una patada de Pegaso), así, cabalgar al caballo alado es sinónimo de poseer los favores de la inspiración poética. Es justo en el penúltimo poema (no es en el último porque el poemario se abre y se cierra con sendos poemas en prosa que, a guisa de introducción y conclusión, conforman también el cuerpo total de la obra y poseen un estilo diferente al resto de los poemas) donde el sujeto lírico logra penetrar la naturaleza ontológica del unicornio: «Finalmente,/ Unicornio,/ te conozco».

José Joaquín Burgos logra en los veinticinco poemas de **Unicornio** conformar una obra de alta relevancia dentro de la creación poética nacional tanto por la temática abordada como por la estructura general de su producción, que en un todo orgánico va develando la internalidad del ser que se expresa de manera indirecta, a través de la figura del unicornio y otros seres fantásticos.

José Francisco Velásquez Gago.